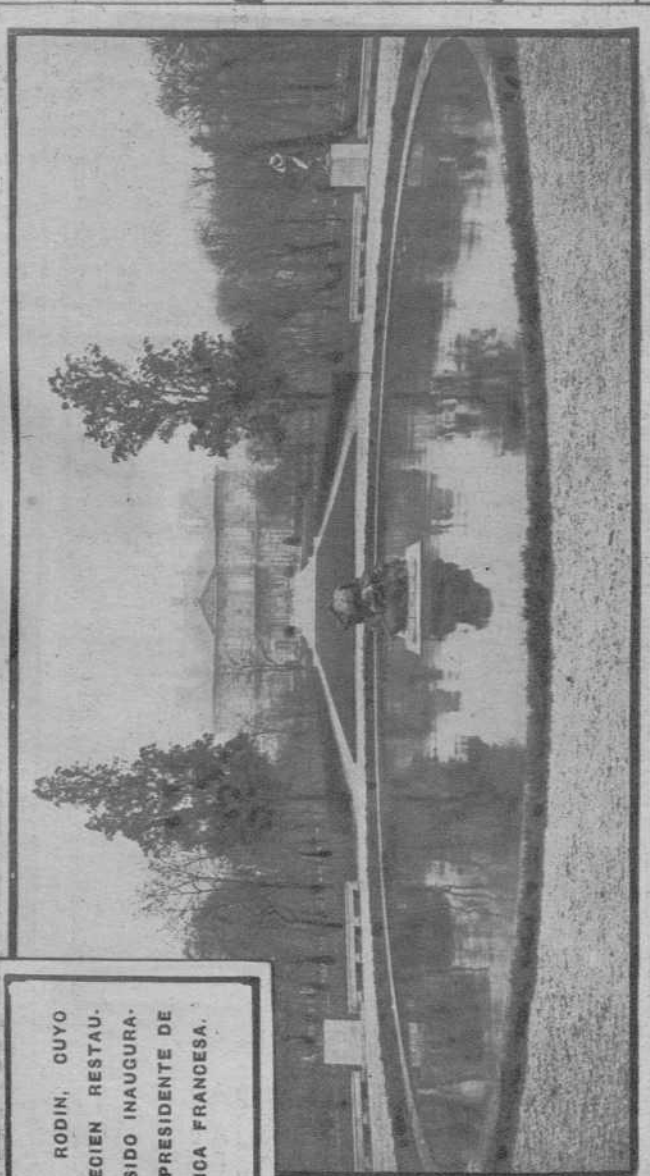


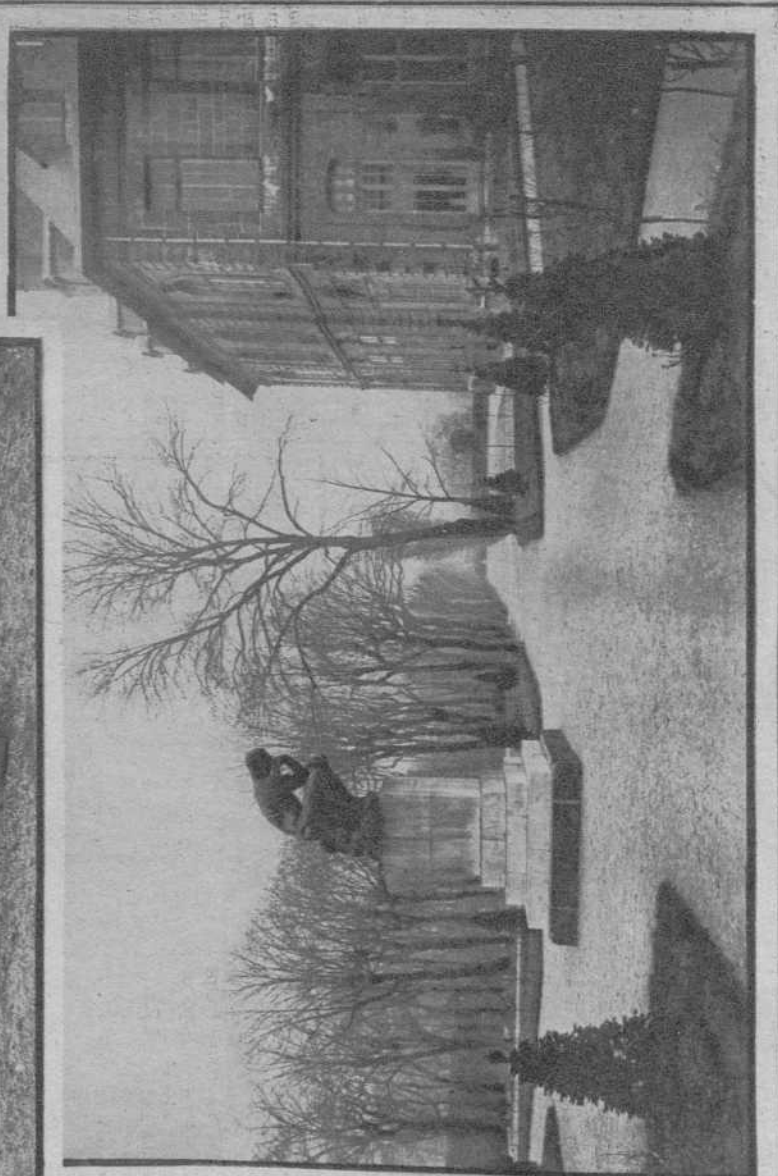
EL MUSEO RODIN, CUYO PARQUE, RECIENTE RESTAURADO, HA SIDO INAUGURADO POR EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA FRANCESA.



El estanque abierto ante el patacio que contiene los recuerdos del gran escultor



Una avenida de árboles deshojados por el invierno.



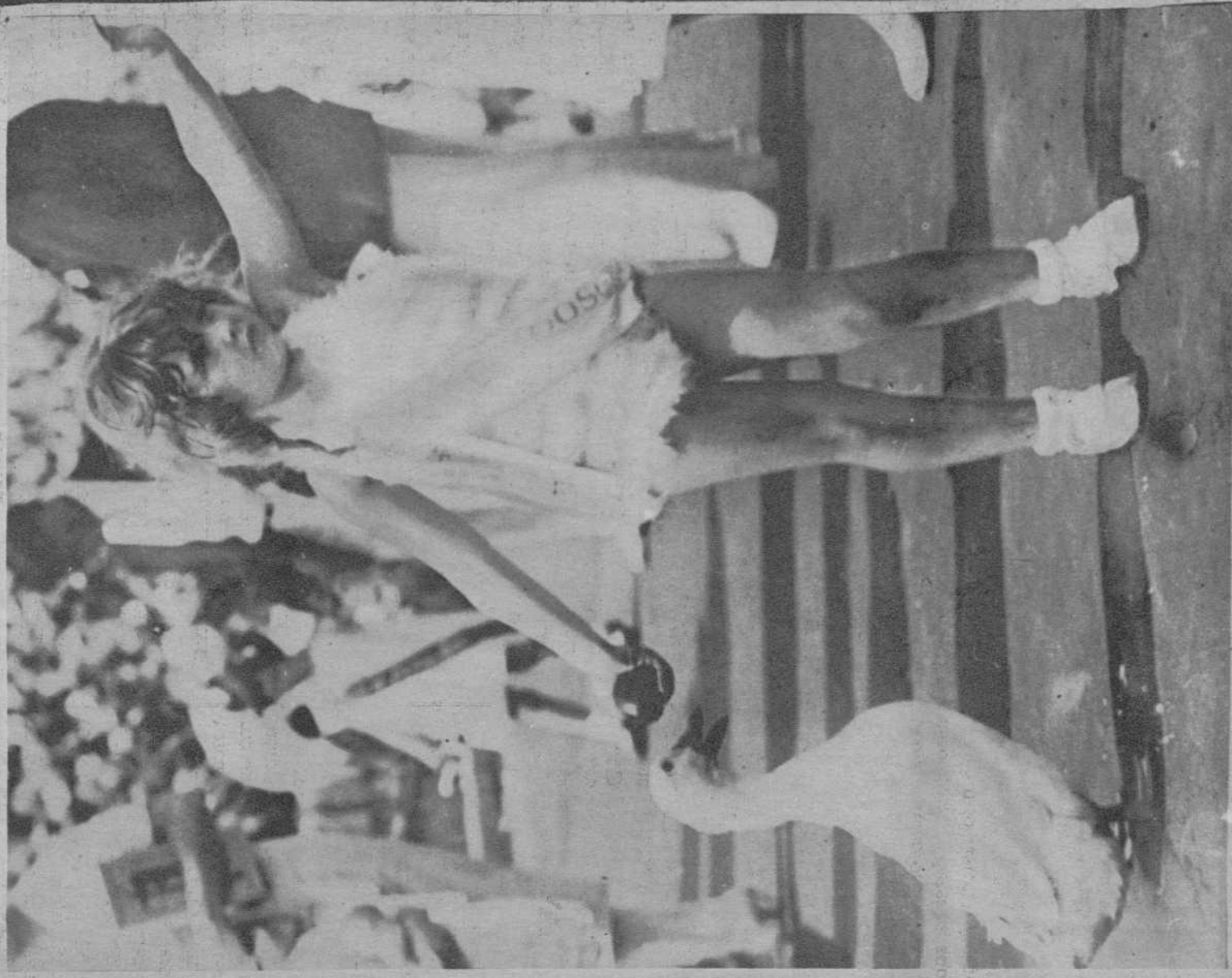
A la izquierda del Parque, presidida por la estatua del Pensador.
(Fots. Consorelo)



N.º 89

PAGINAS EXTRAORDINARIAS DE El Dia Gráfico

DIBRE 25 1927



UN CONCURSO DE BEBÉS.—Niña de cinco años que representa la «Madre Ganso» en un concurso de personajes de cuentos infantiles, celebrado en Filadelfia, y que obtuvo el primer premio. (Fot. Keystone).

LA ENCAJERA

I
Siempre amé las playas en la hora, apuradamente desinteresada, del atardecer y cuando el otoño las augura soledad invernal.

No se va entonces a ellas para hundir en el mar su ciudad ni hacerla corporales, ni a sentir con él pánico físico, sino para contemplarlo íntegramente y sentirlo a un tiempo en el oído y en el alma.

De la playa, como de esos espíritus destinados a la sutil aristocracia que nacen de progenitores oscuros, brota entonces suave o impetuosa la sensación de infinito y empieza a recobrar a sí misma, hasta llegar a la plena y solitaria autoposeción del confiteo.

Es entonces cuando la descubro mejor y la siento abierta de concavos ecos, también, para lo que yo quiero pensar.

La luz menguante, llovizna lividos o rutilantes clarores en la ondulación encrespada de las espumas. Los parentesis terrales que detentan la concha milenaria van desahuciándose, entibiándose de negro con sucesivas superposiciones de veladuras cada vez más densas. Altos chillidos de gaviotas codician arboladuras invisibles.

Fue en una tarde así cuando vi desgranar al fastidio incorporo aquel rosario roto de los ecos de la colonia, traídos de su lúene ciudad interior al disfrute de lo que otros muchachos conocen sin la humillación del confinamiento y la limosna. Iban en sumigo desfilé, sin voces ni risas, endeñados de gris, medrosos y nostálgicos hacia el instante de recoger su vida habitual donde rona Madrasta Pobreza.

Fue otra hora así cuando aquel pájaro, color de meandro bajo nublado, vino hastado mi mano, súbitamente vuelto, por la majestad corporal, a confiar en la mano post-paradisiaca del nombre.

En otra hora igual de un día distinto, al trepar sin ruido ni prisa por las dunas, que armazones de madera podrida por el hábito salobre intentaban sujetar, sorprendí entre los juncos flexibles y agudos, cercado simbólicamente de los cardos marítimos, aquel doble amor, ajeno a todo en su libertad absoluta.

II
Pero más que nunca parecía, como en la tarde de un milenio remotísimo ignorado del hombre, de ella misma la playa en la tarde de marea alta que el viento enfurecido y el sagitario de las nubes asataba de hilos turbios, cuando vi a la mujer extraña.

Pienso en la economía del huracán y de la lluvia.
Se rompía en blancuras múltiples, en separados motivos de mallas fantásticas, de bordados maravillosos el hervor metálico del agua hasta el horizonte. Fugosidad de los huecos repliegues dentro de cada ola convulsiva para desdoblarse en tersos avances jaspados que transparenta la morena avidez chupona de la tierra.

El agua, casi lamía el ribazo dual y espumosa, corría los juncos sumisos al aire y los cardos hispídos, azulecos. Los cuadriláteros esqueléticos de las armazones desnudadas de todos estivales, que se habían olvidado de salvar frente al otoño, tenían un misero aspecto de despojos de naufragio. Las casacas de lana—también ellas olvidadas—temblaban estremecidas con un estúpido casi grotesco de viejas hidrópicas.

Y nadie sino una mujer alta, los cabellos canos y crespos, vestida con una larga bata color de bruma y de melancolía y a la que el viento obligaba a descubrir unos tobillos flacos, sin sensual encanto ya, estaba en la playa conmigo.

Pero me ignoraba, no se sabía contemplada, ni acaso la importara, en su singular tarea. Iba hacia el agua cuando el agua retrocedía y escapaba lenta hacia atrás cuando el agua tornaba a buscar sus pies, en un ritmo rígido e isocrono que tendría algo de la danza prima—si no se encorvase a cada instante pescando con caña, demitase su

tante y si no estuvieran sus labios callados para la arcaica lamentación.

Al sentir en los pies la frialdad del agua se inclinaba, y en una ademán armonioso de los brazos que tenía algo de oendición, llevaba las manos abiertas hacia abajo y palpaba las espumas batidas y los granos de arena recién húmedos que la resaca hacía sonar a sedas desgarradas. Y en seguida se erguía y se movía las sienes y la frente.

¿Cuánto tiempo la estuve viendo repetir los extraños ademanes, rítmicos? No podría decirlo. Sin prisa ambos, mi curiosidad, pudo accechar su tarea lenta y armónica, lo que me plugo acatar en aquella.

Ya casi en sombras me acerqué a la mujer. «No quiso sentirme». La busqué el rostro, tan inmediato, que tenía la voluntad de no verme como una dureza más de sus facciones. Morena de color y adherida la piel a los huesos; la boca cerrada con testaruda fijeza; la nariz violenta de trazo. Y los ojos desde muy hondo de las cuencas orbitarias tenían fulgores leonados.

La misma ola de insospechito avance nos mojó a ambos los pies y me hizo tropezar contra sus muslos desos.

Sonrei y ella no. Se inclinaba con los brazos abiertos y separados, las palmas de las manos estremecidas por el ansia sin cesar renaciente de palpar fisiones de espumas y de mojarse las sienes.

—¿Por qué hace eso, mujer?—la pregunté. No me contestó. Iba hacia el agua en retorcido, andaba hacia atrás cuando el agua tornaba. Y sobre las piernas rígidas se doblaba el busto para palpar con amor los brazos del mar y casi con odio su propia frente.

—¿Por qué hace eso, mujer?—volvía a preguntar. No me contestó misms. Era negro y el huracán se había ido y al sagitario del cielo se le acabaron sus saetas frías, y sólo había claridades inquietas, fosforescentes en las olas humildes y en las pupilas recordadas de la mujer, me dijo:

—Cójales usted y hágalos entrar aquí. Me señalaba primero el agua y luego sus sienes, invitándome al raro afán incomprendible.

—¿Por qué no lo hice? Hoy estoy arrepentido. Pero entonces tuve un caro mledo a obedecer sin contestarla, lentamente me alejé de ella.

Sentía en la nuca su mirada.

III

Por la noche en el Hotel alguien me contó quién era la mujer y el porqué de los éxtasis activos a la orilla del mar.

Fue en Luauco, su pueblo natal, una de esas obreras de la aguja entregadas a la endormecida resignación de trabajar todo el día inclinadas sobre su labor de mallas, deshilados y bordados, sometidas al influjo languoroso de las jornadas monótonas, acunadas por el rumor marino de la melancólica caracola, caída en silencio y olvidó, que es Luauco.

Un encanto indefinible e renuncianción y de languidez contemplativa es la atmósfera espiritual de la villa asturiana. Forma un mirador medio hundido en el mar. A lo largo de su calle de la Riba, desde el Ayuntamiento hasta la iglesia parroquial, con su porche aldeariego y sus muros pétreos, la villa entera da al mar rostro y alma.

Ruinosos edificios que hacen pensar en añabiles añoranzas arquitectónicas de Venecia, con sus escalinatas que el agua lame hasta arriba en las pleameres. Caserones nobilitados con el escudo fanfarón y las balconadas de serena amplitud. Y de cuando en cuando súbitos boquetes donde el malecón antiguo resurge y sobre cuyo muro siempre hay inclinado alguien que mira con interés la suave calma de los reflejos o alguien, en encaramado, adiestra su niño, demitase su

nectud pescando con caña, demitase su

ir-

fantil todavía o demasiado viejo y para salir en las boniteras.

Tardes, pausadas, las horas caen desde lo alto de la torre solitaria con el vocejón de aquel reloj, que los días despejados se oye a varias aldeas de distancia.

Hombres están en el mar, mujeres en las fábricas de salazón, muchachos bullen en clases mercantiles y náuticas del Instituto del Santísimo Cristo del Socorro. Las rías y los senderos de los montes que circundan a la villa somnolocen bajo la lluvia o aspiran en paz y gracia de Dios las escasas treguas soleadas. Los muros se pudred y emegrecen con el aliento del mar.

Y como las dulces encajeras de las ciudades belgas y holandesas, detrás de los cristales que acaricia el aire húmedo y la luz cenicienta, siluetas de encajeras van sin prisa ni codicia, en un fervor prolongado, en una espera referada de sus hombres navegantes o pescadores, sacando hilos, bordando, tejendo, realizando las sutiles fantasías que luego adornan templos y hogares de Asturias y de Cuba...

Una de estas encajeras pacientes y puramente soñadoras, fué en otro tiempo la mujer que en la playa aguardaba la agonía de las olas para palpar sus últimos suspiros húmedos y llevárselos a las sienes.

El amor tardó en llegar hasta su vida repleta y cuando bordaba para sí misma las golas nupciales, el novio desapareció con otros mozos luauquinos en una galerna del estuario de muchas familias en aquella parte del litoral asturiano que va desde Gijón a Cudillero.

Enloqueció de espanto y dió en la extraña manía de suponer que el amado no vendría a desposarla hasta que ella creara para sus ropas de novia, para su lecho nupcial, para las ventanas que miran hacia el mar, los encajes más bellos del mundo, y cuyos modelos le serían enviados desde orillas remotas a la hora majestuosa de las plenamaras.

Abandonó la calma penumbral del taller por el aire libre de las playas. De cantarina y cordial que era, tornóse burrafa y silenciosa. Días y quilómetros la hallaban en lugares distintos con la igual obsesión. Oía en la voz del mar la voz del amado y procuraba recoger los caprichos de la espuma arbescos y motivos que él la enviaba para que sus manos las copiaran y engalanaran el cuerpo de ella y lucieran sobre las sábanas en las futuras noches de amor.

Las palpaba suavemente para no romperlas y las llevaba a sus sienes para ameterlas en su memoria.

Pero se le olvidaban siempre y había de volver incansable, ajena a cuanto no fuera su triste locura, al afán de no olvidar los que sus ojos veían deshacerse.

Súbitamente pensó que no están los más bellos encajes del mar en las blandas orillas de las playas, sino en la turbulencia brava de los arrecifes y en las honduras glaucas de los acantilados donde las olas penetran con furia y donde la espuma reta a los ciegos.

Y me estremecí por ella el día en que descubriera esa oferta impetuosa del muerto desde la profundidad y la lejanía submarinas.

—¿No va nunca a las rocas y a los cantiles?—pregunté.

—No creo—me contestó el revelador—.

Hasta ahora sólo interroga las olas murmurantes de la playa.

—Hasta que un día decida ir a preguntárselo directamente al novio—bromeó al quien.

Cerré los ojos angustiada, porque me parecía verla caer lentamente, rígida, con los brazos abiertos hasta donde los lomos de las olas se encorvan y allí como guarecerse en la cavidad espumosa, haciéndose, al fin, el vestido nupcial de encajes que le entregara definitivamente al amado...

JOSE FRANCÉS

EL PRIMER MILAGRO (CUENTO DE NAVIDAD)



banquete con el fin de que su recuerdo fuese imperecedero.

Histriones y músicos ejercían sus habilidades o declamaban sus incongruencias ante la algazara de los comensales. Cortía el vino de vaso en vaso y las cabezas se enturbiaban por instantes. La primera prueba de ello, la dió Marco Amnio, el legado, cuando después de beberse dos jarras de Falerio se empeñó en que Guinot, el pobre esclavo contrahecho, se pusiera como casco un ánfora de bronce de tamaño desmesurado...

Fuera, mientras declinaba la tarde, estaba el corro harapiento de los esclavos desocupados, diseminado por la escalinata lateral del palacio de Marco Amnio. El sol de invierno doraba sus rostros de cobre. Llegaban hasta ellos apagadamente los rumores babilónicos del banquete. Los estalares comentaban en voz baja el acontecimiento.

Algo había, empero, que les ocupaba más profundamente. Se notaba, por ejemplo, cuando se acercaba al grupo, un siervo recién llegado. Su primera mirada, su primer gesto era para un esclavo alto, rubio, de nobilísima faz. Todos le preguntaban, al llegar, con un acento respetuoso:

—Arial, hijo de reyes, ¿cómo sigue Irma, tu hijo?

El nombrado Arial hacía un gesto laxo y vago.

—Mi hijo debe danzar hoy en el banquete. Ella está enferma todavía.

La otra tarde Marco Amnio me abo-

feó el rostro y yo me caí. Si hoy mi hija no puede danzar y Marco Amnio la obliga por la fuerza, le pararé el corazón. Yo, Arial, lo juro.

Se cuchicheaba en los corrillos, de los siervos en la historia de Arial. Su padre era un rey germánico a quien Julio César había hecho prisionero en la guerra de las Galias. Primero había sido tratado con toda suerte de consideraciones. Más tarde había sido esclavizado como un soldado vulgar. Un general que había acompañado a César en su campaña, vendió el hijo, Arial, al poderoso y opulento Marco Amnio, que con el tiempo había de ser legado del Emperador en aquella provincia lejana donde se desarrollan estos sucesos.

Los comensales, que todavía conversaban con nitidez sus sentidos corporales, contemplaban en aquel instante a un prodigioso siervo beduino que encantaba al son monótono de su instrumento siete negras y escurridizas serpientes...

Era éste otro de los festejos dispuestos por el legado del Emperador. Pero aquello que más amaba Marco Amnio era su coro de danzarinas diversas. Era lo último que exhibía en sus fiestas de magnificencia orientática. Ya los comensales habían admirado sus músicos admirables, sus ingeniosos bufones, sus vinos de Capri y de Tarraco, sus manjares exquisitos, la habilidad de sus trágicos y la fuerza de sus gladiadores.

Y entonces, sólo entonces, cuando ya la curiosidad se había filtrado en todos los espíritus, Marco Amnio traza un gesto de mando a Sacio, el liberto, para que entrase el coro de sus danzarinas diversas.

Eran siete. Siete mujeres como siete rosas. Marco Amnio podía sentirse orgulloso de ellas. Llevaban unos nombres exóticos y sonoros. Glaimuna, Cliota, Abigail, Antría, Licinia, Aglaé e Irma. Glaimuna era rubia; tenía la piel completamente negra; los dientes blancos como el azúcar. Irma, la última, era blanca, blanca y blonda,—de un blondo fío—los ojos claros, tan claros, que a faltalles su destello de luz, tendrían la espantosa serenidad de las pupillas de los ciegos. Las cinco danzarinas restantes ofrecían una gama de colores intermedios entre el negro intenso de la piel de Glaimuna y el blanco fío de la piel de Irma.

Eran todas ellas de países lejanos. Siete presas de la rapiña de Marco Amnio logradas a su paso por siete provincias de la Roma imperial. Glaimuna—ébaro y fuego—era nubia; Cliota—bronceada, de ojos rasgados—de Egipto; Abigail—morena y arrogante—hebréa; Antría,—dulce y rosada—de Hispania; Licinia,—seDUCTORA y sutil—romana; Aglaé,—mármol y rosa—de la Grecia; Irma, la más fina, la más breve, la más blanca, era un dulce lirio de los campos del Rhin.

Quando entraron las siete llevando en las manos unas guirnaldas de rosas que enlazaban su figuras, agitandolas al compás de la marcha sus velos, todos los comensales se incorporaron en sus tréculos para verlas mejor. Desaparecían por un instante los vapores del vino que entenebrecían su vista. Y los ojos se avivaban y padecían fuerte mientras seguían los ritmos de las siete danzarinas diversas.

Todas ellas tenían una sonrisa seductora en los labios. Todas menos Irma, el lirio blanco y perfumado de los campos del Rhin. Pulsaron los músicos las cuerdas de sus instrumentos y comenzó la danza. Una a una avanzaban hacia los comensales y tejían armoniosamente pasos aligerados y rítmicos. Livinio, el poeta, pidió venia para declarar un poema que había compuesto

para ellas. Marco Amnio, borracho, torció la boca con una mueca de asentimiento. Livinio, su parásito adulador, inició los versos. Se acompañaba de la lira.

«Yo te saludo, Glaimuna, del cuerpo negro y de la risa blanca, las sierpes de tus alocras de oro no te hieran jamás. Y a ti, Cliota, hija de Cleopatra, la seductora de los caudillos insignes, bobedora de sangre, de púrpura y de oro. Y a ti, Abigail, de los huertos de Judea que haces olvidar a Canaan [ésta, con la sonrisa de tus labios de fuego. Y a ti, Antría, flor de Hispania Citre, maravilla dulce y rosa, propicia para el amor y la dieta. Y a ti, Licinia, maga de Venus, encantadora serpiente que aprisionas y ahogas con tus brazos. Y a ti, Aglaé, la triunfante de la carcajada sonora y el ritmo voluptuoso en la danza. Y de ti, Irma, la dulce Irma, ¿qué sabré decir yo?..»

En esto el cantor se detuvo. Irma, cuando llegaba su turno de danzar se había quedado inmóvil, pálida, en su sitio, bajo la estatua de Mercurio. Livinio la interpeló: —¿Por qué no danzas, Irma? Y como la esclava continuara en su inmovilidad, le preguntó de nuevo: —Irma, hija de reyes, ¿por qué no danzas?

A todo esto, Marco Amnio, adormecido en su embriaguez, notó el insólito silencio de la música y se levantó tambaleante del triclinio. —¿Qué pasa?—gritó. Le contestó Livinio: —No es nada, señor. Irma, tu esclava, no quiere iniciar la danza. Algunos comensales comentaban irónicamente el suceso. Todas las miradas estaban puestas en Marco Amnio. Su rostro se había congestionado; sus ojos relampagueaban. De pronto, apretó los puños con un gesto terrible y después empezó a chillar con la voz enronquecida: —¡Fuera todo el mundo! ¡Fuera! ¡Fuera!

Sonrió ferozmente y añadió: —Quiero que baile Irma, oído; y he de lograrlo. Los comensales salían por el pórtico de las carátides a los jardines que se hallaban desde mucho antes sumidos en el nocturno. Unos esclavos transportaban en vilo, a los que so-

bre las losas del suelo estaban durmiendo su embriaguez. Desapareció el cortejo de eunucos, músicos y danzarinas...

Irma se iba volviendo intensamente pálida. —¡Fuera todo el mundo! ¡Fuera! Marco Amnio se llegó a la ventana desde donde divisaba la hoguera de los soldados de la puerta exterior. La noche cristalina y helada, metía un frío raudal de viento por el orificio. Marco Amnio tomó de una repisa cercana un objeto largo y flexible. Los esclavos lo conocían bien: era el látigo negro, el más temido por sus siervos; aquel corto y fino que se enrollaba a las carnes y les mordea como una serpiente con su plomo final. Marco Amnio lo restalló, con un gesto feroz, en el aire.

—¡Irma! ¡Irma!... Su voz atronaba. El dulce lirio notó el látigo negro corriendo por su piel. Temblaron sus labios: —¡Señor!... El grillo nuevamente: —¡Danza, Irma! ¡Tu dueño quiere verte danzar!

Se puso, amenazador, en mitad del aposento, frente a la esclava y la ordenó de nuevo: —¡Danza! Irma, doblada, acurrucada de espanto bajo la estatua de Mercurio, se puso trabajosamente en pie. Temblaban sus piernas. Marco Amnio había vuelto a restallar el látigo...

Pero de pronto sintió como si toda la claridad que entenebrecían los vapores del vino, hubiera vuelto a su frente. Se advirtió, asimismo con el látigo en la mano frente a la esclava débil y temblorosa. Un sentimiento desconocido aleteaba sobre su corazón. Sintió lástima y sintió caridad. Sus labios tuvieron una frase piadosa y desacomunada. El látigo cayó al suelo.

Marco Amnio, transformado, asombrado de sí, musitó con dulzura: —¿Qué te sucede, Irma? ¿no puedes danzar? La esclava le contemplaba asustada y recelosa. —Me siento enferma, señor. Marco Amnio la miró con infinita suavidad. Luego tendió su brazo blandamente: —Vete, Irma, hija de reyes; vete en paz. Y más bajo y más suave, repitió todavía: —Vete en paz.

Era después del zarzateo período barcelonés, reacción inevitable del levitismo de ciudad pequeña, de la excesiva intranquilidad del medio ambiente anterior, ensimismo de novedades por ignorancia de cosas nunca vistas. El hijo del señor Esteve haría de tanto mostrar solemnidades y procesiones, se venga de una enfermedad de abstinencia, con una orgía desenfrenada y surge "El Gavilán", "El Taller embut", desahogando su impudica exhibición con algaría ostentación de una impiedad gruesa de crátera mal educada, ignorante, pero rica de imaginación para inventar las más endemoniadas travestidas. La cosa toma un carácter endémico y peligroso. El arte, hijo de este ambiente, se resenta de falta de espiritualidad y sus lambreras como Fortuny, por ejemplo, no pasaban de ser exteriorizadores de hitos brillantes de fantasía; sólo Merceder, académicamente, se mantenía con un aire de dignidad en las regiones del gran arte.

Fue entonces cuando Juan Limona, cansado de tanta ligereza y tanta locura y ansioso de tener un rincón donde poder hablar de arte sin mezclarse aquella petulancia calavera que era el signo distintivo de todo artista y queriendo hermanar su espíritu familiarmente ordenado con sus ansias artísticas, necesidad que sentían otros compañeros suyos, tuvo el impulso de crear un centro donde pudieran canchiar impresiones, trabajar y poder hacer obra pura, elevada, sin indicios farfalleas ni brillantes efímeras.

¿Salieron victoriosos de su noble intento? No sonría los despreocupados de aquel tiempo... pensad que si hubierais visto en su original aquellos héroes de los tiempos de las Cruzadas, aún encontrarías más gallardía en las actitudes de intranquilidad de Juan Limona en los primeros tiempos del Círculo de San Lluís, que en las barbañadas que aquellos comendaban en nombre del Cristo, misericordia infinita.

Informado el arte de los socios en sus primeros tiempos en el anecdótico rural y en teorizado por un enjambre de payeses, marinos, pastorcillos, cabrillas, misas matutinas y del gallo, nevadas, en medio de las que descolaba solidamente el arte de Baixeras y el mismo sentimental de las sencillas doncellas de Limona con su plasmación también de las tragedias domésticas tan divinamente sentidas y la escultura de su hermano José.

«El pasar el Círculo de la calle de Boters a "Els quatre gats" el espíritu de individualidad fue estimándose y desde entonces puede decirse que de él, salieron todos los matices más característicos del arte barcelonés. Desde el puritanismo al cubismo, el arte de Gaudí, y la tolerancia bien entendida de aquel centro artístico titulado equívocamente de retratario.

Allí habrías visto lucir en interminables discusiones, la traversura dialéctica de Gali, las románticas teorías de Torres García, la exquisita corrección de Millet, las magistrales sentencias de Ruffo, las arremetidas geniales del "pequeño Napoleón" D'Ancona, los entusiasmos hiperbólicos del "amateur" señor Gispert, las huidas maravillosas de Vilas y sobre todo el patriarcal "señor Pere", maestro querido consorte, padre de todos, siempre dispuesto a condolerse de las miserias de los pobres bohemios, con su tabaquera siempre abierta a discreción y su bolsa también... con no poca zozobra de la señora María, su agredida cara mitad.

Recuerdos de la vida artística barcelonesa. Anécdotas del Círculo Artístico de S. Lluís

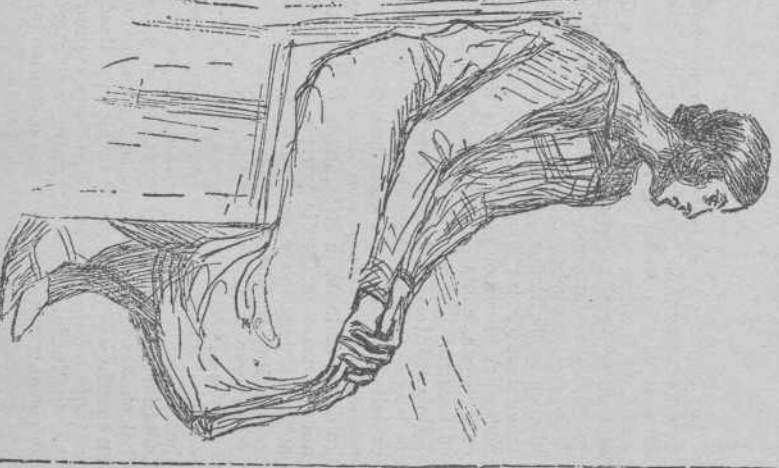
Y, de tanto en tanto, entusiasmos súbitos endulzaban el honor de tanta destrucción. Unas veces Semblan, otras Brangwyn, Larrero o cualquier otro, eran ensalzados hasta las nubes para pasar después al almámen de los trastos viejos. ¡Qué variedad de caracteres más pintoresca! En el rincón del piano, Ivo Pascual murmurando con el instrumento suavemente fragmentos del concierto del día anterior... y de tanto en tanto se paraba mirándolos con su mirada cara transportada... "¿eh noi que es bo això?, ¿no vos agrada?"

En otro lado el incomparable Ruffo magistralmente iba desarrollando sus teorías sobre la pureza del arte, envuelto en el humo de su aguilatada pipa y con Millet proyectaban excursiones al Cementerio Viejo o al Nuevo, para filosofar sobre el ser o no ser, pasando entre tanto horas y horas sobre aquel sofá tan pegajoso que su mágica atracción distraía a todos de ir a la clase a dibujar. Era una especie de sirena y despreciado quien sucumbía a su encanto.

No se si sería para huir de éste, que nuestro Ruffo un día nos anunció con toda seriedad su propósito de ir a París sin otro dinero que el necesario para el viaje y para pasar algunos días. Hubo una gran consternación, pues todo el mundo apreciaba sus buenas condiciones irremplazables, su abnegación de acabarse las ensamadas y chocolates sobrantes del almuerzo en la festividad de San Lluís, las bellas horas que nos hacía pasar con sus disertaciones y su inalterable dulzura de trato. Se hicieron toda clase de reflexiones, todo fue en balde; el día señalado marchó y en el Círculo se notó un gran vacío.

En serio lo digo, estábamos preocupados y al cabo de algunos días, sentados en el magnífico sofá, sucumbimos a su dulce influencia; dialogaba nuestra conversación sobre las posibles tragedias que pasaría nuestro tan estimado compañero, lejos de su ambiente, de su Círculo amado, y nos forjábamos su figura esbelta y simpática con su pipa en la boca... pero sin humo... sin tabaco... por falta de combustible... y la puercita se abrió lentamente y Ruffo, el mismo Ruffo, avanzando silenciosamente hacia el grupo.

Con su bondad y su exquisita intuición se hizo el amo del Círculo y hasta la Junta adoptó su distintiva suspicacia y entonces accedió no fue "can Limona" sino "can Pere". La confianza que se le dispensó fue tan amplia que llegó hasta el punto que alguna vez el cadero se descuidó de mirar y el "señor Pere" pagó por no mirar. El día todo: presidente, secretario, cadero y madre de todos, y bajo el amparo de su dulce sonrisa y envueltos en humo de sus interminables cigarrillos, sus reverendos oídos sobrevolaban a todo el mundo. Prefaci, Veroní, Azeví, Martiño, Velázquez... todos quedaban hechos una



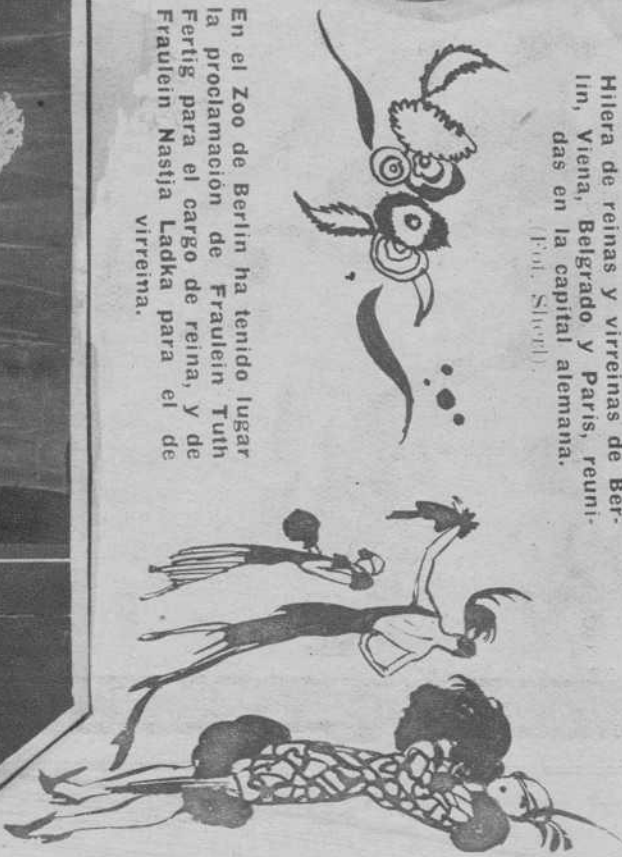
mente hacia el sofá, se acomodó voluptuosamente respondiendo a nuestras preguntas "no sé, no sé... ¡ot es negre... les carcs son negres... el cal vermill... els cocheros van negres... amb De momento no respondí otra cosa, pero aprendidos por nuestra insistencia, fue explicando con palabra curta, su llegada a la estación de Quai d'Orsay, donde su mirada perdida en medio de aquel enjambre, buscaba la ayuda de aquel su antiguo amigo Pólvora, el único en quien confiaba para librarse de las molestias de la llegada, cuando de súbito un ser andagoso, lleno de miseria, se le acerca y en el reconocimiento al que buscaba, quien como nadirago que al fin encuentra auxilio, se le arrojó en busca de alimento, no pudiendo desprenderse de él, hasta su huida de aquella inminente y trágica miseria que le hizo entrever la sola visión del refugio que le brindó el tan desaliado Pólvora. Fue esta una lección una cura heroica para la fantasma bohemia de Ruffo; toda su vida se acordó y esto hizo que más tarde le viera su buen fin de ser un ordenado y feliz buen padre de familia, ideal a que no todo el mundo puede aspirar.

LAS REINAS DE LA
MODA ESTAN DE
MODA EN AUSTRIA,
ALEMANIA Y
HUNGRIA



Hilera de reinas y virreinas de Ber-
lin, Viena, Belgrado y Paris, reuni-
das en la capital alemana.
(Por Steidl)

En el Zoo de Berlin ha tenido lugar
la proclamacion de Fraulein Tuih
Fertig para el cargo de reina, y de
Fraulein Nasja Ladka para el
virreina.



De izquierda a derecha: Lu Klaric, virreina de la moda vienesa; Irma Delys, reina de la propia moda Tini Kupfer
reina de Budapest.

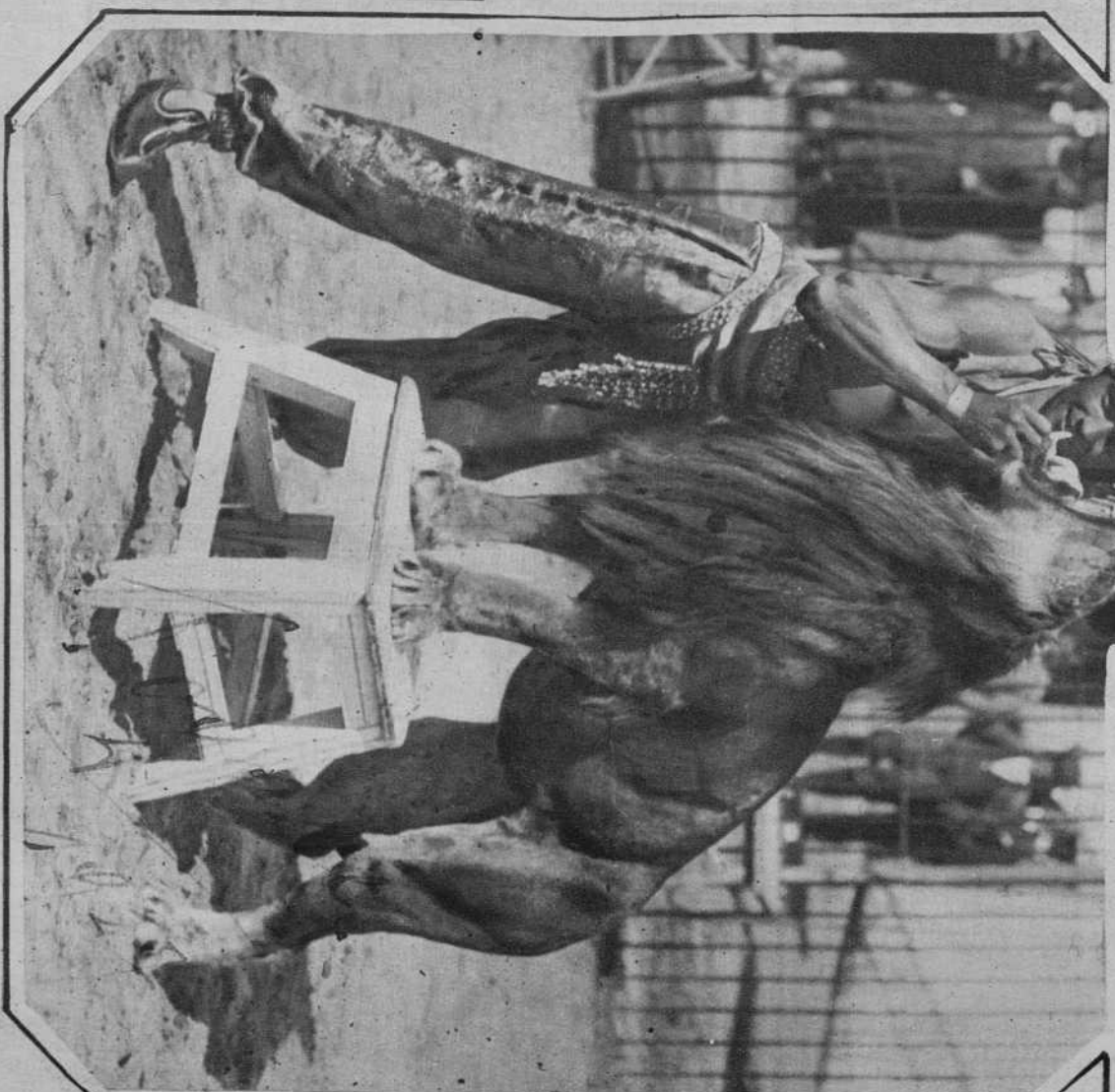
DOMADORES
DE
EXCEPCION



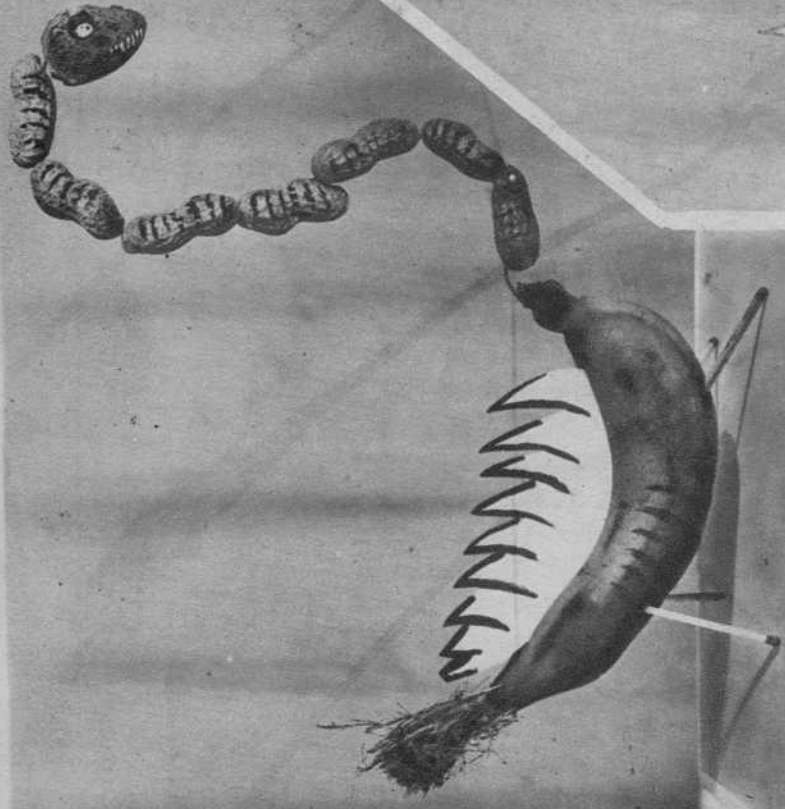
LA INTREPIDA DOMA-
DORA LOLA TEX, CON
SUS OSOS BLANCOS
AMESTRADOS.



EL CELEBRE DOMA-
DOR INDIO TOGARE,
PRACTICANDO UNO
DE SUS ARRIESGADOS
EJERCICIOS.



UNAS CUANTAS ESCULTU
RAS FABRICADAS A BASE
DE FRUTOS POR UN
ARTISTA
DE
VANGUARDIA



Un pájaro con cuerpo de plátano.
(Fot. Sheel).

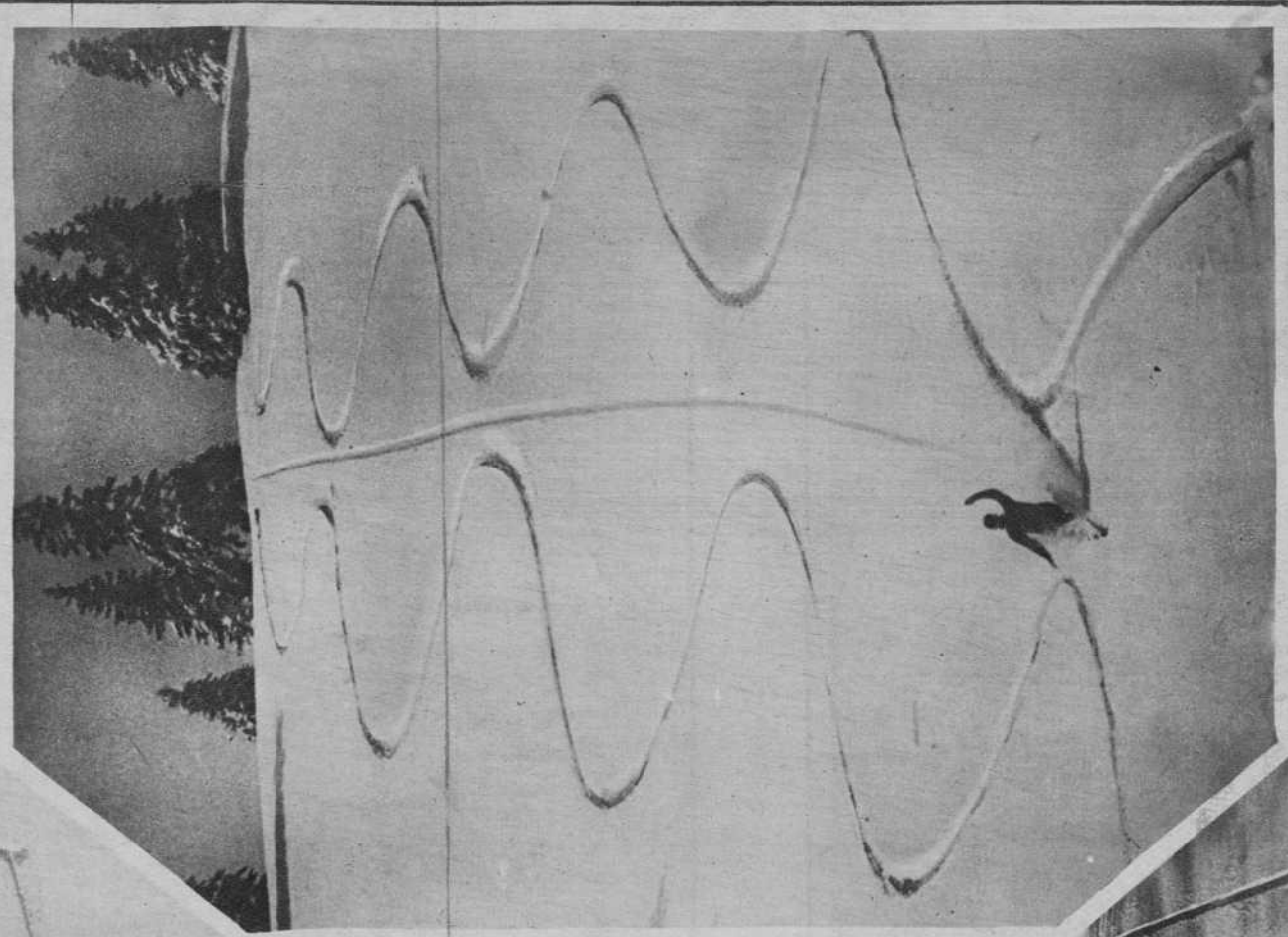


El skiador, con su pipa en los la-
bios, progresa sobre la nieve.



Duo de amor.

DIBUJOS HECHOS
CON LOS PIES
SOBRE
LA NIEVE



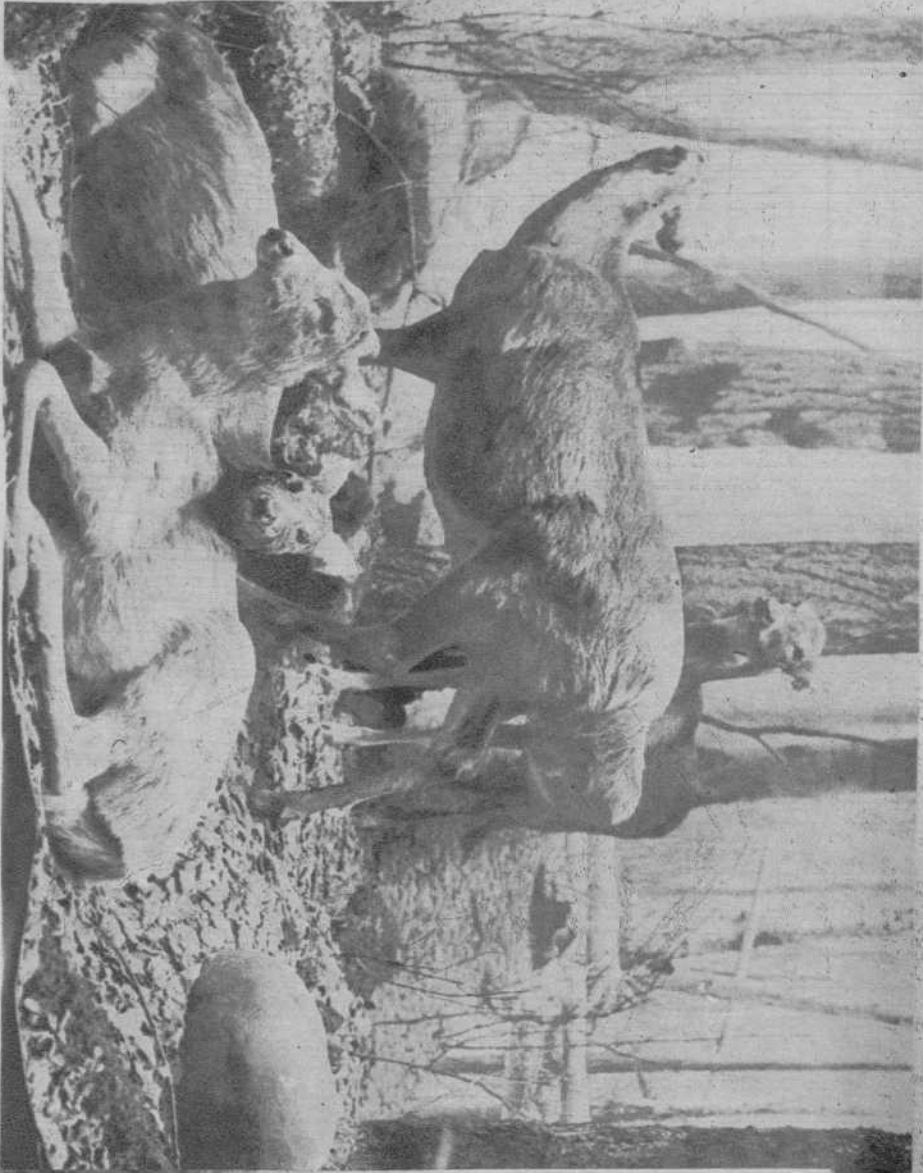
UN VIRTUOSO DEL SKI SE
ENTRETIENE EN DIBUJAR
SOBRE LA NIEVE



CURVAS CAPRICHOSAS
(Fot. Sheel).



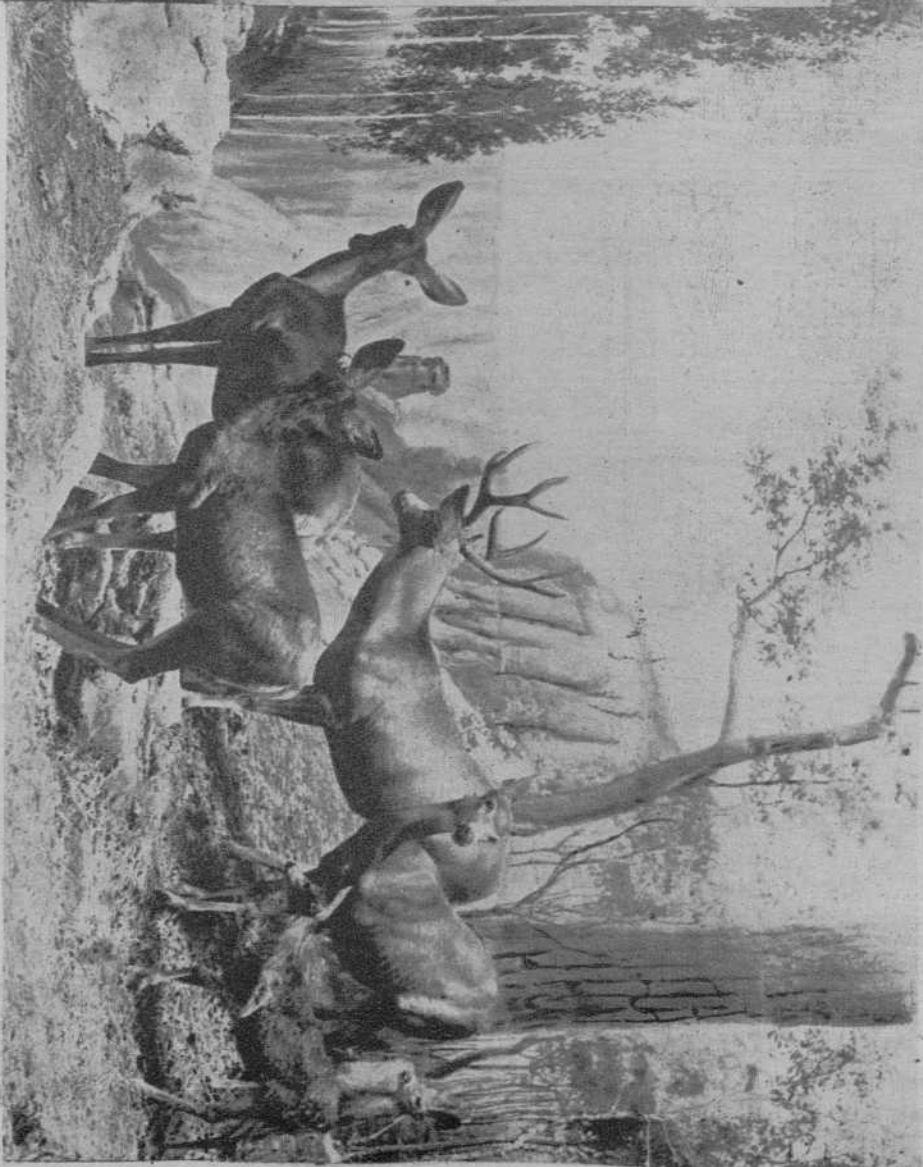
PARALELAS QUE VIENEN
DEL HORIZONTE



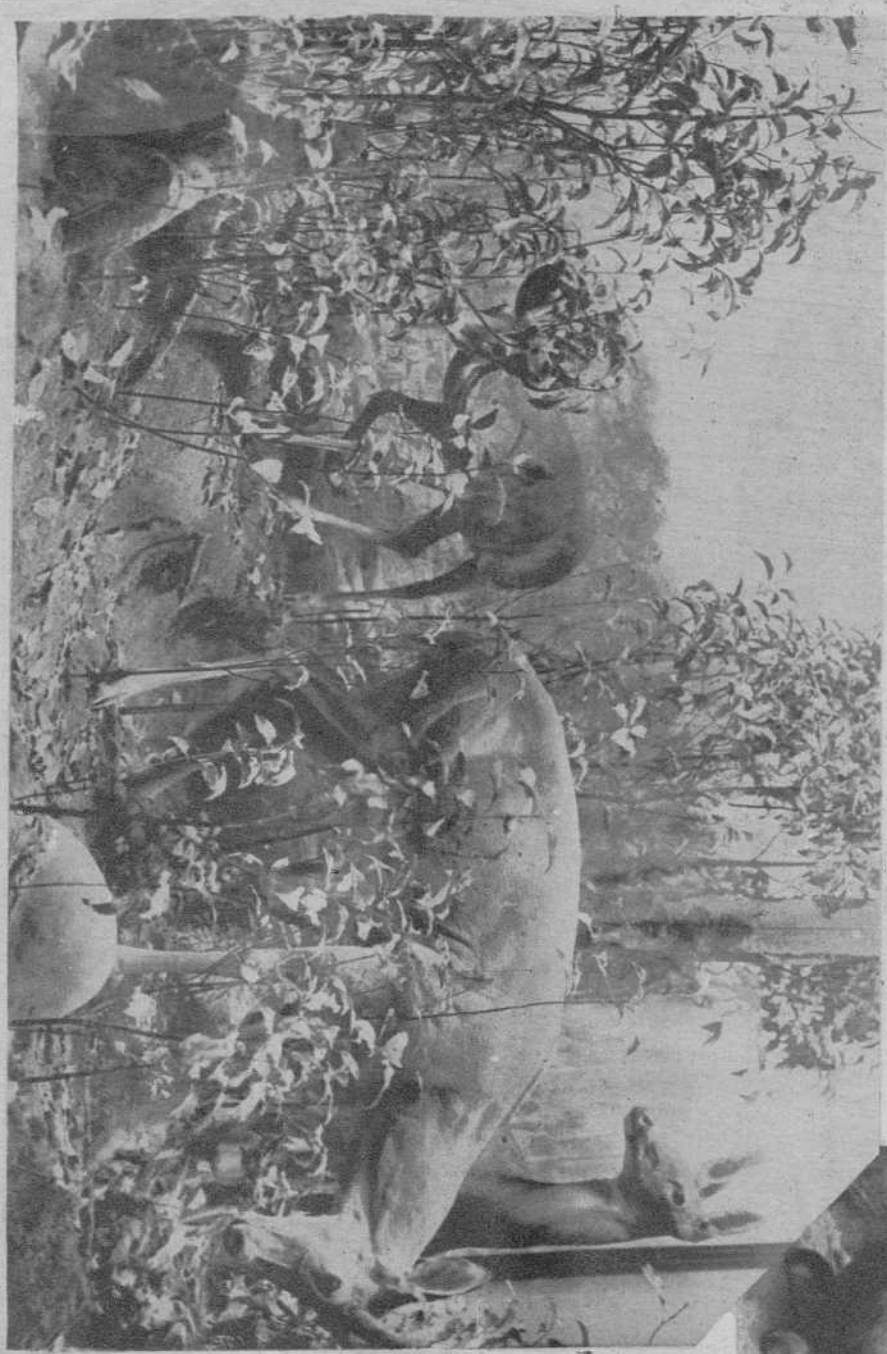
Un rebaño de ciervos de Virginia en los bosques del Norte de Michigan.



LAS MAGNÍFICAS INSTALACIONES DEL PARQUE ZOOLOGICO DE CHICAGO CONSIGUEN DAR LA IMPRESION DE LA NATURALEZA EN TODA SU ESPONTANEIDAD.



Reproducción de una escena en el Gran Cañón de Arizona: ciervos-mulas.



Otro conjunto creado por Carl E. Akeley, distinguido explorador y cazador.



Reproducción de un palacio de las esteras Mourtain, en la Columbia británica.



Ciervos de Virginia, en los bosques de Michigan del Norte. (Fot. Vidal).

UN ARDID INGENIOSO



LOS DOS RATONES INDIAN IN LAU... de compararse ricamente...

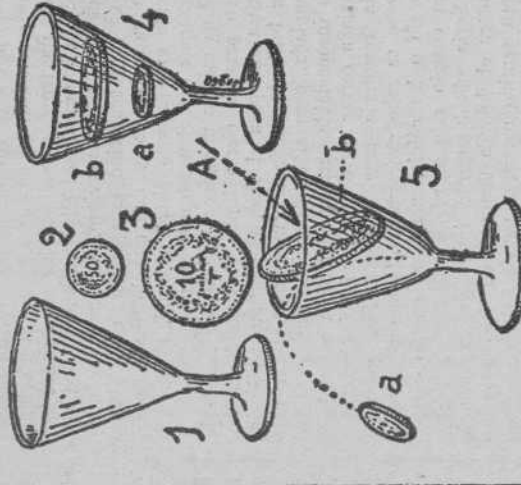
Marco Amnio se quedó un instante silencioso, estupefacto, mientras la silueta blanca de Irma se desvanecía.

cometido el tirano con su dulce hija? Cegaban la mente del esclavo cien imágenes tumultuosas y terribles. Luego apretó contra sí el frío hierro de stilo. Dos pasos y habría libertado a la Humanidad de aquel



Después, como un sonámbulo, se dirigió a su triclinio y descansó un instante.

Como sacarlais la moneda pequeña del fondo del vaso sin quitar la de encima? Pues soplando como indica el grabado. La presión del aire obra el milagro



SALPICADURAS

-Yo, cuando sea mayor, quiero ser sastre. Así tendré siempre vestidos. -Pues yo quiero ser panadero, para tener siempre pan. -Y yo quiero ser millonario, para tener siempre dinero.

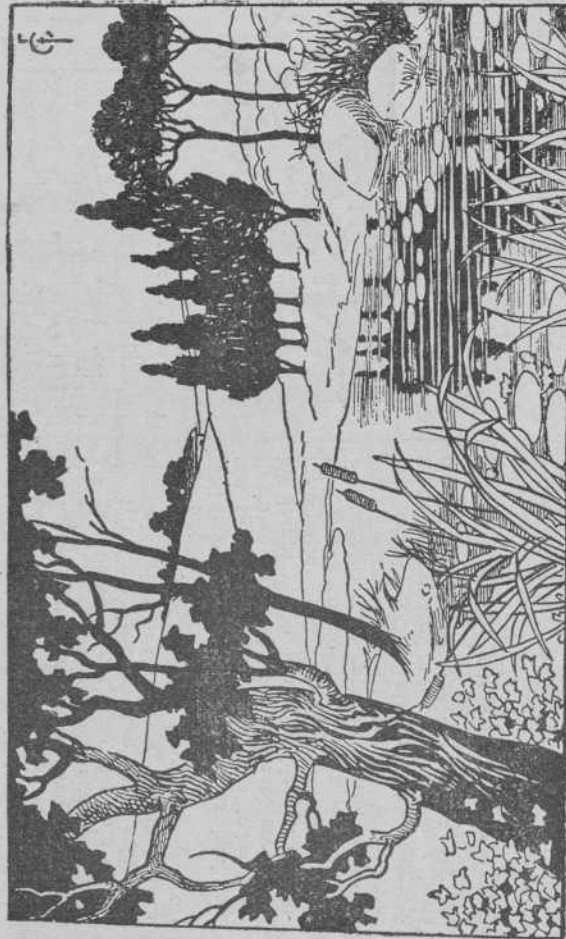
Pepín ha ido al teatro. Al regresar a casa, le pregunta su mamá: -¿Te has divertido? -Mucho... -¿Qué te ha gustado más? -Que después hemos ido a tomar chocolate.

-¿Sabes las estaciones del año, Manolo? -Sí, señor. Son cuatro. -Enuméralas. -La primera, la segunda, la tercera y la cuarta.

-Créeme, hijo mío; sin dinero no se puede hacer nada. -¿Qué? -Deudas.

-Oye, papá. Acabo de ver a un perro con dos lenguas. -Esto no puede ser. -Sí, señor. Acababa de robar una al carnicero.

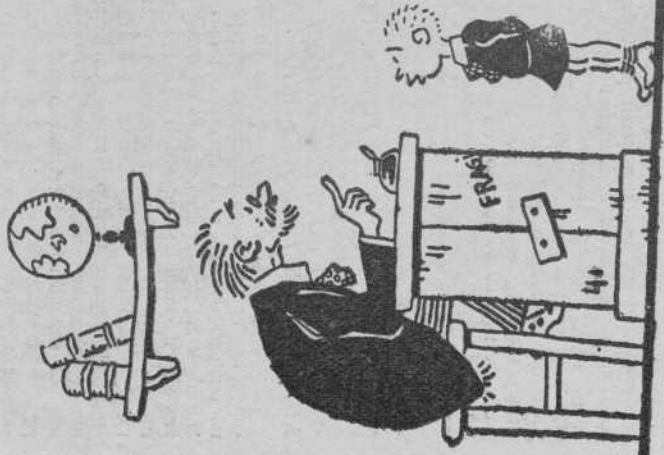
ROMPECABEZA



En este estanque crecen dos ranas. ¿Dónde están?

¿DE QUE SE COMPONEN LAS PIEDRAS?

Las piedras no son otra cosa que fragmentos de rocas, y no hay nada más fácil que "hacer" piedras picando las rocas con un martillo. Esas piedras resultan puntiagudas porque se las ha cortado groseramente, pero la naturaleza rompe las rocas de una manera muy diferente. El frío, el calor, el viento, la lluvia y aun los seres vivientes, animales o vegetales, pueden llegar a romper las rocas, y si sus fragmentos se frotan unos contra otros o están expuestos a la acción del viento o de la lluvia, éstos se redondean y se pulen.



¿Quién hizo el mundo? -El vecino de abajo, que es carpintero.

El plumaje de las aves

Uno se pregunta a veces por qué razón unas aves tienen magníficos plumajes que sobrepasan en belleza todo lo que se puede imaginar, mientras otros están cubiertos por plumas de colores apagados y destituidos.

No es el azar, ciertamente, el que ha creado estas diferencias, y ellas no se han hecho tampoco en un día. Supongamos una clase de aves que vivan en un lugar donde abundan enemigos; se verán obligados a esconderse para poder seguir viviendo y poco a poco, en miles de años, van tomando el color de los árboles en que se esconden. En cambio otras aves pueden vivir tranquilamente en lugares donde nadie las persigue, y como entre animalitos sucede lo mismo que en los cuentos de hadas, es decir que las hembras, de igual modo que las princesas, eligen los más hermosos para ser sus compañeros, ellos van poco a poco embelleciéndose. Es de notar que en su mayoría las hembras de las clases más hermosas de aves no son tan vistosas como sus maridos, y esto lo hace la sabia naturaleza para que puedan permanecer tranquilamente en sus nidos cuidando de sus pequesísimos sin correr el riesgo de ser atacadas por sus enemigos.

-Hola, mi buen Arial, ¿qué de-seas? El esclavo tenía todavía el brazo en alto. Le electrizó la sorpresa, el asombro, el miedo. Bajó el hierro trágico para ocultarlo; pero vió que Marco Amnio sonreía...

-Gracias, Arial. Tu amo está contento de ti. Estas flores que me traes, son ciertamente admirables. No pensé que pudieran haber en este tiempo. Gracias, mi buen Arial. El germano miró la mano que oprimía el hierro... el stilo era ahora un perfumado ramo de rosas blancas... Intentó hablar y no pudo. Arrodillóse ante su señor y dejó caer las flores a los pies del triclinio. Luego, estupefacto, tambaleándose, salió lentamente de la estancia...

Ni Marco Amnio, ni Arial, ni el Amo, ni el esclavo, ni aquel pobre hombre, ni aquel hombre pobre, podían sospechar jamás que como caudesa de todo aquello, allá en una aldea muy lejana, muy lejana, llamada Beethlenn de Judea, estaba naciendo un Dios. Un Dios que había de predicar el Amor sobre todas las cosas. Un Dios que no podía consentir que al tiempo de nacer él se ejecutaran en la tierra actos de violencia, de odio y de crueldad. Un Dios, a quien adoraban, en aquel instante, bajo los cielos inflamados, coros de rústicos y pastores, y por quien para rendirle un homenaje, se ponían en marcha desde lejanas tierras, tres largas y maravillosas caravanas reales...

GUILLERMO DIAZ PLAJA



PAGINAS SIN FANTILLES

HISTORIA NATURAL

EL CABALLO

Este simpático animal pertenece a la familia de los solípedos: es de cuello y cola pobladas de crines largas y abundantes, de pelo castaño, blanco, negro, con manchas de estos u otros colores.

Este cuadrúpedo es uno de los más útiles al hombre por su aplicación al tiro de carruajes, a servir de cabalgadura, a las labores agrícolas, etc., etc.

El caballo en estado salvaje o errante, no es tan hermoso como en domesticidad, conociéndose distintas y variadas especies de la raza caballar.

Los caballos llamados *torpores*, que vagan todavía por las vastas llanuras de la Europa sudoriental, tienen todas las cualidades de animales verdaderamente salvajes y como a tales los consideran los cosacos y los tártaros.

El *torpore*, es difícil de domar, pudiendo no poder resistir la cautividad. Ni aún la misma destreza de los mongoles basta para domar su vivacidad, su vigor y su salvajismo.

Los *cinqueros*, es otra casta de caballos, que habitan en grandes manadas en las pampas de la América del Sur.

Estos cuadrúpedos son tan grandes y fuertes como los caballos domesticos, pero no son tan hermosos, ni tienen tan buena presencia.

Para domesticarlos, es necesario castrarlos, pues solamente en estas condiciones se consiguen dominarlos.

El caballo *manzano*, vive en las pampas del Paraguay; pero esta raza se halla tan abandonada, que degenera notablemente.

El *manzano*, que parece tener, según afirman los naturalistas, los sentidos más desarrollados que los otros, no cede en agilidad y firmeza a los caballos andaluces, siendo superior a ellos por su insuperable resistencia al trabajo.

Grande es la fama de las razas árabe e italiana, pero la española, les supera, pues viene ya de lejanos tiempos, llamándosele al caballo español por su gallardía y ligereza, hijo del fuego y del viento.

De presencia hermosa, estos nobles brutos son solerísimos, ágiles y con una docilidad extrema cuando vienen a la vida segura, pues desde la niñez, debido a un buen sistema de manejo, buscan y gozan de la vida agreste, las caricias y cuidados del hombre a quien tanto han de servir y acompañar.

El régimen del caballo domestico varia, según el lugar nativo de cada uno, pero su alimento natural consiste siempre en plantas de diversas naturalezas y granos.

El caballo es de un temperamento esencialmente sanguíneo y musculoso. Aunque, menos delicado que otros animales domesticos en cuanto a su alimento, prefiere no obstante las praderas secas a los pastos pantanosos.

Por lo que respecta a la inteligencia y aptitudes de estos tílidos animales, el caballo reconoce el alimento, la localidad, el tiempo, el espacio, la luz, los colores, la forma, la familia, los amigos y los enemigos, el hombre y las cosas.

Tiene inteligencia, entendimiento, memoria, imaginación y sensibilidad y es capaz de experimentar pasiones, amor y odio. Su inteligencia puede convertirse fácilmente en pasmosa habilidad, porque es muy susceptible de instrucción.

El oído de estos solípedos es delicado y su olfato de una extremada sensibilidad, reconociendo la asociación del hombre a la distancia de media legua y hasta perfectamente desde muy lejos el agua.



—Y por qué dices que lo pasan muy mal los que son al África?
—Porque allí se ven negros.

Los haballos americanos escaraban con el pico la tierra para descubrir debajo de ella tan indispensable líquido, cuya presencia les revelaba su destino.

El caballo entiende los sonidos que pueden infinitarse valor o causarle miedo. Los malos tratos y los golpes han echado a perder más de uno de estos animales, ampujando su inteligencia, perturbando sus facultades intelectuales, volviéndole estúpido, loco, perverso; en cambio el buen trato y las caricias lo elevan y lo embellecen, haciéndole digno del aprecio del hombre a quien obedece y sirve.

La fiebre y los galgos

Este juego, que es muy interesante, se puede jugar con las piezas de un tablero de damas; la liebre es una ficha negra, y los galgos blancos.

Para empezar el juego los jugadores eligen sus lados, haciendo uno de fiebre con la pieza negra, mientras el otro se encarga de la pieza blanca.

Estos se colocan sobre los cuadros negros de un extremo del tablero, y la liebre en uno de los cuadros negros del tablero opuesto. Trátase de que los galgos corran y acortando a la liebre, en tanto que ésta se esfuerza por romper la línea de aquellos, en cuyo caso ha ganado. Se mueve como en el juego de damas, es decir, en diagonal, de un cuadro a otro; pero mientras los galgos sólo pueden avanzar, la liebre puede ir para atrás y para delante, como una dama.

Si los jugadores son hábiles... no dejan escapar un momento, los perros, seriamente cercadan y acortaban a la liebre; pero hasta que esto suceda habrá combates reñidísimos, en los que unas veces la liebre y otras los galgos saldrán ganando. En este juego no se mata ninguna pieza, y los galgos siempre venen.

Jugando con los galgos procuraremos siempre conservar una línea recta y adelantarnos de ese modo; pero si jugamos con la liebre deberemos moverla de otro modo, para continuar a nuestro contrincante e impedirle la colocación en línea recta.

El menor error de los galgos dejará escapar la liebre.

El porqué de las cosas

¿POR QUE ALGUNAS COSAS SE DOBLAN Y OTRAS SE QUIEBRAN?

Esta es una pregunta que a primera vista parece muy fácil de contestar, pero que en realidad es muy difícil. Todas las preguntas relativas a la facultad que posee de doblarse o de quebrarse, de estirarse o de romperse, etc., son de una naturaleza parecida y si respuesta depende de ciertos conocimientos que no poseemos aún.

Ignoramos cuál es la naturaleza de la fuerza que mantiene adieridos los cuerpos sólidos, de manera que no nos es posible explicar el porqué de su elasticidad, fragilidad o rigidez. Sabemos sin embargo, que la temperatura influye en algunos casos para permitir que unos cuerpos se doblen en vez de quebrarse, como por ejemplo, el hierro.

En este caso como en otros muchos parece que las moléculas calientes adquieren elasticidad o diríamos en lenguaje figurado, que se unen con los brazos flojos, mientras que frías lo hacen con los brazos rígidos, quebrándose antes que doblarse.

¿POR QUE SE NOS PONEN AMORATADAS LAS MANOS CON EL FRIO?

El color de la piel depende en un momento dado de la clase y cantidad de sangre que circula en ese instante por ella. La sangre es la fuente principal del color que presentan las personas; cuando aquella escasea, los labios y la cara presentan un color blanco o pálido, o anémico como suele decirse, lo que quiere decir falta de sangre. Cuando abunda a la piel gran cantidad de sangre brillante y roja, como cuando alguna persona hace algún ejercicio violento, adquiere ella ese mismo color rojo debido a la dilatación de las pequeñas arterias; por lo contrario, cuando la piel se halla somnolida a un frío intenso se contraen dichas arterias y entonces la sangre roja no puede circular, en tanto que las venas se dilatan y añuyen a ellas mayor cantidad de sangre impura, de color violáceo obscuro. Además como las venas de las manos y demás miembros se hallan más próximas a la superficie que las arterias, se ven más fácilmente y prestan un tinte azulado cuando se enfrían. Si nos frota- mos fuertemente las manos o efectuamos algún ejercicio que estimule la circulación de la sangre, desaparece el amarotamiento, porque aquella se distribuye otra vez normalmente por el cuerpo.



—Me han dejado sin postres! Cuando yo sea mayor los los dejaré a ellos!

MAS VALE PAJARO EN MANO....



¿QUE ES EL DOLOR FISICO?

He aquí cómo se puede responder a esta pregunta, de una manera no muy científica, es cierto, pero lo suficiente como para satisfacer una curiosidad razonable.

Es sabido que todas las partes de nuestro cuerpo están atravesadas por nervios. Cuando cualquiera de esas partes recibe un choque violento, una herida o una quemadura, los nervios que se encuentran en esa región son afectados más fuertemente que por las sensaciones que reciben continuamente: ellos transmiten esta sensación al centro nervioso, de donde dependen, y es esta sensación excepcional, cuya violencia nos sorprende, destruyendo momentáneamente el equilibrio físico habitual, lo que determinamos con el nombre de dolor.

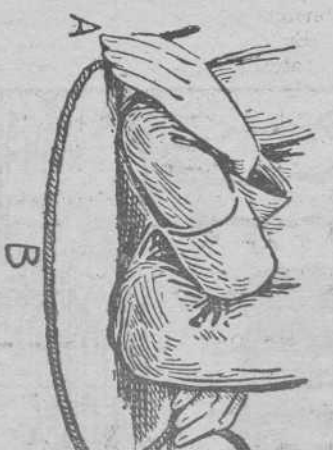
Una música muy fuerte puede ser agradable, pero pasando cierto límite esta resultaría dolorosa aun para el oído. Del mismo modo una luz brillante puede ser magnífica al ser contemplada, pero si es demasiado fuerte se haría insoporable para nuestra vista, y nos obligaría a cerrar los ojos. Si no los cerráramos, ella resultaría muy dolorosa. Sin embargo, no se sabe exactamente lo que pasa en el nervio o las células nerviosas que lo componen cuando esto sucede.

Sería absolutamente imposible explicar lo que es el dolor a una persona que no lo hubiera sentido nunca, a menos de hacerle algo para que sienta lo que es; como resultado de lo posible explicar aun ciego o a un niño de nacimiento que es la luz o un ruido.

¿POR QUE LA LUNA NO PRODUCE MAREAS EN LOS RIOS COMO LO HACEN EN LOS MARES?

La Luna atrae el agua del mar, formando las mareas; es justo, pues, preguntarse por qué el agua de los ríos no sufre el mismo fenómeno. Primeramente diremos que es más que probable que toda superficie de agua, y aun la corteza sólida de la tierra, sean influenciadas por la Luna.

Pero los mares son muy grandes y se encuentran en ellos suficiente cantidad de agua como para obedecer a la atracción de la Luna, hinchándose y produciendo las mareas. En comparación con los mares, la masa de agua contenida en un río es insignificante, pero en



Propend a un mango cojer un conde! por los dos extremos y hacer un nudo sin soltarlos. Véis como no acortan a hacerlo. Entonces operad como indica el dibujo y conseguiréis lo que parece imposible.



—Le dije a tu papá que has sido malo. Todas las mujeres son lo mismo. No sabes guardar un secreto.

¿POR QUE NUESTRA SOMBRA ES MAS GRANDE QUE NOSOTROS?

La sombra no es siempre más grande que uno. Por ejemplo, cuando el sol está muy alto la sombra que proyectamos es mucho más pequeña que nosotros, y si el Sol estuviera exactamente arriba nuestro, el lugar que se llama cenit (o punto más elevado), nuestra sombra no sería más que una mancha alrededor de nosotros, pues: Cuando más baja el Sol está, el horizonte, sus rayos se hacen más oblicuos al acercarse al suelo, y nuestra sombra se hace más larga, hasta llegar a medir varios metros.

Si uno recuerda que los rayos luminosos van siempre en línea recta para todos lados (como se comprueba fácilmente observando la luz de una vela o de un pino de gas, se comprende que la sombra de un objeto es tanto más grande cuanto más lejos se la proyecte. Se puede hacer el experimento con su propio cuerpo colocándose en la cumbre de una montaña, cuando el Sol baja en el horizonte; se proyecta una sombra que puede llegar hasta otra montaña pasando por el valle entero.

¿SE PUEDE ALMACENAR LA LUZ DEL SOL?

Cuando la luz llega a la tierra se transforma generalmente en otras cosas. Si fueran no se acumula, pero muchas veces se refleja, y es una pena que no se trate de almacenar la luz del sol para poder utilizarla según las con-



—Como concierdas, desde un acoplamiento, que volabas sobre Francia? Por el color... En el mapa es verde...